

—¿Por qué lloras?—le preguntó.

—No lo sé.

—¿Qué puedes temer? ¿No estoy yo aquí? Estas palabras le devolvieron su valor.

El le señaló los grandes pinos, los árboles, el cielo puro, y le dijo:

—Aquí está la salud. Cuando la recobres volveremos á París, cerca de los que amáis y os aman

Ella respiró con ansia los aromas de aquel aire embalsamado.

—¡Si yo procurase curarla—pensó Fabregues—quién sabel!...

Pero la imagen de Elena Brunoy se interpuso entre ellos. La frente del doctor se arrugó y una voz diabólica murmuró á su oído:

—¿A qué intentar una lucha en la que serás vencido? ¿No es preciso que muera? Pues moriré.

## XV

Algunos días después, á las cinco de la tarde, el barón D'Aubagny estaba sentado en el atrio del Gran Hotel con aire melancólico.

Era á mediados de julio.

El celibato tiene sus ventajas. Ni cargas ni cuidados de familia. El soltero no tiene que ocuparse más que de sí mismo: de sus placeres, de sus caprichos; esto es una cosa admirable.

Sumergirse en las dulzuras de un egoismo bien entendido, levantarse pensando única-

mente en nuevos placeres, es un estado envidiable.

Pero tiene sus inconvenientes.

La soledad es á veces abrumadora, y el sitio más concurrido puede parecer un desierto cuando sólo se ven rostros extraños, desconocidos, procedentes de todos los rincones del mundo, y demasiado ocupados de sus asuntos, para ocuparse de los demás.

Desde su regreso á Paris el barón no encontró un amigo.

Bordat, su inseparable, estaba en Nievre arreglando sus asuntos.

La señora de Breville vivía en su triste retiro de Evreux.

Por una rara casualidad D'Aubagny ignoraba el matrimonio de Matilde.

La mayor parte de sus conocidos del círculo habían salido á baños.

Paris estaba vacío.

El barón se aburría soberanamente; pero estaba tan apegado á las calles de Paris que no se decidía á dejarlo.

Su aburrimiento tenía entonces otra causa: La resistencia de la empleada de la casa Delibet.

Su belleza le cautivaba, y por más que había no podía desechar su imágen del pensamiento.

A la vuelta de su breve excursión á Normandía, la había vuelto á ver y á solicitarla.

Pero ella le contestó:

—Ahora no soy libre: veremos más tarde.

—¿Más tarde? Bien; pero ¿cuándo?

—Ya os lo he dicho: el 20 de octubre.

Para D'Aubagny aquel aplazamiento era un capricho inexplicable.

Cuando quería descubrir el misterio, Elena se convertía en esfinge.

Esto acrecentaba el mal humor del barón.

Cuando estaba sumergido en aquella especie de éxtasis melancólica, de pronto se le vió destellar sus ojos con resplandores de alegría.

La baronesa de Breville acababa de bajar de su coche.

D'Aubagny se levantó presurosamente y corrió hacia ella.

Los dioses propicios le deparaban, por fin, una distracción.

—¡Vos!—exclamó tendiéndole las manos.

—Sí, yo.

—¿Sola?

—Hasta el fin de mis días seguramente.

—¿Qué queréis decir?

—Nada que no sepáis, á lo que creo.

—¿Os ha sucedido alguna desgracia?

—Una muy grande.

—¿Y no nos lo habéis dicho? ¿Acaso Matilde?...

Los dos se miraron estupefactos.

—¿No habéis recibido carta?

D'Aubagny movió la cabeza.

—¿Qué carta?—dijo.

—Anunciando su matrimonio.

—¿Su matrimonio!

—Matilde se ha casado, amigo mío.

—¿Con su primo Pedro de Bures?

—¡Ay! ¡Ojalá!—exclamó la señora de Breville con desesperación.—¿Es posible que ignoréis lo que ha sucedido?

—En absoluto.

—¿No os ha dicho nada vuestro amigo el doctor Bordat?

—Bordat está en Nievre, donde ha fallecido una tía suya. Yo estaba en Bruselas y después fui á Normandía.

—Ahora lo comprendo. ¡Qué cosa tan triste, amigo mío!

—Me aterráis.

—Permitidme que vaya un momento á mi habitación y vuelvo en seguida: os lo contaré todo.

Y se alejó rápidamente.

D'Aubagny se recostó en el sillón, preguntándose qué cataclismo inesperado había sucedido á aquella mujer para trastornarla de tal modo.

Matilde, casada con otro que su primo, á quien amaba apasionadamente, era una cosa tan inverosímil, que no acertaba á creerla.

Sin embargo, no cabía duda; la baronesa acababa de asegurarlo.

La señora de Breville volvió al poco tiempo.

—¿Tenéis la tarde libre?—dijo á D'Aubagny.

—Libre completamente.

—Pasaremos juntos la velada.

—Seré muy honrado con ello.

—Vos me consolareis.

—Tenéis necesidad de ello?

—Más de lo que podéis imaginaros.

Al decir esto se sentó al lado del barón.

Había debido sufrir efectivamente muchas y grandes tristezas, porque su fisonomía, tan franca y tan agradable, estaba descompuesta.

—Ya sabéis que quería á aquella niña como á una hija, aumentando mi cariño por ella á medida que se debilitaba. Nunca hubiera pensado que debía abandonarme.

La señora de Breville se pasó la mano por la frente.

—Es justo—continuó;—pero no sé dónde tengo la cabeza. Recordaréis que una noche, aquí mismo, nos encontramos con un médico...

—¡Mont Dore!—exclamó D'Aubagny.

—No sé si se llama Mont Dore; pero sí que es conocido por el doctor Fabregues.

El barón experimentó un acceso de cólera.

—Un hombre—dijo—con quien nunca he simpatizado, porque tiene todas las trazas de un caballero de industria, de un aventurero, capaz de todo por enriquecerse; un...

Iba á decir una palabra brutal en contradicción con sus hábitos; pero se detuvo á tiempo.

—¡Fabregues!—repitió.—¿Cómo ha podido Matilde?...

—¡Ah! no podría explicároslo. Yo no sé los recursos que ha empleado y lo que ha podido

hacer para dominarla hasta ese punto. Ha debido ofrecerla lo imposible, la salud, la vida, hacerla concebir esperanzas para el porvenir; abusar de la debilidad de su cerebro... Tenía miedo á la muerte, y al contrario de lo que es común á los enfermos, ella no se engañaba acerca de su estado, ni se dejaba engañar por nosotros, pues el interés con que se procuraba distraerla, le era sospechoso... El doctor Fabregues estaba sin duda al acecho de una ocasión, y habrá comprendido el partido que podría sacar de le casualidad que la puso en relaciones con nosotras.

—¡El, él!—exclamó D'Aulagny—y con tanta precipitación. ¿Es posible?

—Es verdad.

—Pero y Bures, ¿vos conocíais sus sentimientos?...

—Pedro adoraba á su prima; la quería con locura, puedo aseguraroslo.

—¿Y Matilde?

—Creo que también le amaba.

—Entonces...

—Ha debido pasar algo inexplicable entre ellos... Pero vino á Paris, le encontré un día aquí en el salón, á solas con ella, conversando los dos fraternalmente. ¿Qué hablaron? No lo sé. Pasó el día con nosotras... Matilde parecía preocupada. Algunos días después me anunció su propósito de casarse.

—El conocía muy bien el estado de ella para pensar en el matrimonio.

—¡Ay! Eso era su desesperación. Ha debido entrar por mucho el despecho en la resolución de Matilde; no habrá quien me quite esta idea.

—¿Por qué no os opusisteis?

—Hubiera querido ver lo que hacíais en mi caso.

—Temía siempre una crisis, y cualquier contrariedad podía empeorar su estado.

—¡En fin! que es un hecho.

—Justo.

La señora de Breville lanzó un suspiro.

—¿Quién hubiera podido prever tal desastre hace algunas semanas, amigo mío!

El barón se mordía los labios, admirado de revelación tan inesperada.

Comprendía sin esfuerzo la odiosa especulación del doctor Fabregues.

—¿De manera—dijo— que Matilde os ha abandonado?

—Casado casi en secreto... apresuradamente.

—¿Y habéis podido separaros?

—Era preciso. Después de celebrado el matrimonio partieron.

—¿Solos?

—Con Juliana.

—¿Tenéis confianza en esa mujer?

—Como en mí misma.

—¿Quiere á su ama?

—Estoy segura de ello.

—Tanto mejor—dijo el barón de un modo que sorprendió á la señora de Breville.

—¿Por qué decís eso?

—Por nada.

—Sí; tenéis alguna idea....

—Es que un médico es tal vez menos sensible que otro cualquiera, á causa de los medios de que dispone—replicó el barón sonriéndose.

—¿Creeis que le amenace algún peligro?

—No me atrevería á asegurarlo.

—¡Dios mío!

—.... Pero no puedo menos de pensar que ese hombre no ha podido enamorarse de Matilde en tan pocos días... que sólo ve en ella su fortuna, y que si ha sido capaz de seducirla, también lo puede ser de hacer lo posible por entrar cuanto antes en posesión de su riqueza. ¿Cómo se ha hecho el contrato?

—Con ventajas enormes en favor del marido.

—¿No tenía Matilde un notario que la aconsejase?

—Es mayor de edad.

—¡Pobre insensata!

—Decid mejor ¡pobre niña!...

—¿Dónde está?

—En Mont Dore, hace algunos días.

—¿Vais allí?

—A los alrededores... Esa es mi intención.

—¿Qué pensais hacer?

—No sé, tengo perdida la cabeza... Estar más cerca de ella, al menos.

—¿Os escribe?...

—A veces... Cartas llenas de ternura y... áun creo que de pesar.

—¿Cuándo os marchais?

—No estoy aún decidida.

—Esperad... Yo os acompañaré.

—¿Haréis eso?...

—¿Por qué no? Mont Dore es un país encantador, tan conveniente para los turistas aficionados á los espectáculos naturales, como á los enfermos.

—Sois un ángel—exclamó la baronesa, recordando la serenidad.

El barón se echó á reír.

—Un ángel barbudo—replicó.

—¿Hablemos seriamente!... Yo os esperaré... ¿Será mucho tiempo?

—Dos ó tres días.

El reloj dió las siete.

—¿Comemos?—insinuó el barón.

—Cómo queráis.

En el momento de levantarse ambos, un nuevo personaje franqueó el vestíbulo del hotel, con ese aire decidido del que conoce el terreno, dió la vuelta á la fuente, y viendo á D'Aubagny, levantó los brazos con el gesto de un naufrago abandonado en una isla desierta, que se acercase un barco á la costa.

Era Bordat, vestido de luto.

Subió apresuradamente las escaleras, y reconociendo á la señora de Breville, le dijo:

—¿Vos aquí? ¡Qué dichosa casualidad!

—Muy dichosa,—replicó D'Aubagny.—Ven á comer y te contaré el asunto... tú tal vez tienes noticias de él...

El barón observó atentamente á su amigo, y quedó convencido de que su ignorancia era completa.

—¿A dónde vamos?—preguntó Bordat.

—Quedémonos aquí,—dijo la señora de Breville.

Los tres penetraron en la sala de conversación, y pronto se hallaron sentados á la mesa.

Bordat, preguntó en seguida, imaginándose que se trataba de la salud de su cliente.

—No veo á vuestra sobrina. ¿Está peor acaso? Desgraciadamente era cosa prevista. Es preciso tener el valor de ver la situación como es. No hay nada que esperar, debo decíroslo, á menos que no se opere un milagro.

—¿Qué os ha dicho vuestro amigo el doctor Fabregues?—preguntó la baronesa.

—¿Después de nuestra consulta?

—Sí.

Bordat movió la cabeza.

—Nada bueno—contestó.

—¿No abrigaba ninguna esperanza?

—Ninguna.

—Sin embargo, creía que Mont-Dore...—observó D'Aubagny.

El médico se encogió de hombros.

—Mostradme uno de esos apóstoles de las aguas, uno de esos acuáticos, como decimos nosotros, sea del país que quiera, que no atribuya á los baños todas las virtudes y no la pregone como una panacea sin rival, y diré, si me lo enseñais, que es un fénix de probidad

ó un imbécil. Fabregues en este sentido es como todos.

—¿Pero él no esperaba nada? — insistió D'Aubagny.

Bordat, advertido por una mirada de su amigo, contestó:

—Nada.

La señora de Breville tembló.

—Entonces es un miserable—dijo tranquilamente D'Aubagny.

—¿Por qué? Después de todo, los enfermos son niños grandes á los que hay que entrete-  
ner. Mont-Dore les distrae algún tiempo, y eso se gana. Y además, ¿no es una obra de misericordia hacer brillar ante sus ojos la luz de la esperanza? En fin, ¿quién sabe? Las aguas de Mont-Dore poseen seguramente virtudes... y á veces se han visto prodigios asombrosos.

—¿Pero vos no creéis en ello?

Bordat movió la cabeza.

—No, en los casos desesperados.

—Y vuestro amigo Fabregues, menos.

—Menos aún—afirmó categóricamente Bordat.

—Repito que es un miserable.

Para que el barón se expresara con aquella energía, usando términos impropios de él, era preciso que existiera una razón poderosa.

—Ya veo que ignorais lo que ha pasado,—dijo.—En Nievre estábais sin noticias del mundo y es preciso informaros.—Vuestro amigo Fabregues se ha casado.

—¿Con quién?

—¿No lo adivináis?

—¿Con la señorita Borel?

—Exactamente.

—En efecto, no existe término más propio para calificar su conducta.

—¿Es esa vuestra opinión?—preguntó el barón.

Bordat no respondió: estaba aterrado.

—¿No os ha escrito—preguntó la señora de Breville?

—¡Se habría guardado bien! su conducta es de las que no pueden elogiarse.

La comida fué triste.

La señora de Breville estaba atormentada por siniestros presentimientos; D'Aubagny maldecía su ausencia, que le había impedido interponerse entre el doctor y Matilde para estorbar la boda; Bordat estaba furioso contra el compañero desleal, introducido por él en una familia á la que había llevado el duelo y la desolación.

A las ocho y media, la pobre mujer pretextó la fatiga del viaje para retirarse.

Cuando los dos amigos quedaron solos, Bordat puso su mano sobre el muslo del barón y le dijo:

—Ahora que estamos desembarazados de la tía, os diré cual será la suerte de la sobrina.

D'Aubagny, que estaba absorbido en sus reflexiones, levantó la cabeza.

El doctor continuó:

—No solamente deseaba Fabregues la fortuna de la señorita Borel, sino que la quiere para ofrecersela á otra.

—¿A quién?

—Fabregues tiene una pasión hace ya años.

—¿Qué pasión?

—Una joven á la que ama locamente.

—¡Bah!

—Y celoso hasta el extremo.

—¿Rica?

—No... De ser así, ¿habría tenido necesidad del dinero de otra?

—Es cierto. ¿Quién es esa mujer?

—No estoy seguro...

—¿La conocéis?

—No me ha dicho nunca su nombre; únicamente me hablado de ella.

—¿Qué es?

—Dependiente de un almacén.

—¿Hermosa?

—Al menos á sus ojos: hacía de ella descripciones entusiastas.

—¡Ah!—exclamó el barón sobresaltado.

—¿Os ha hecho su retrato?

—Cien veces.

—Decidme cómo es.

—Alta, gentil, bien formada, pelo castaño, ojos...

El barón reflexionaba.

—Vuestro amigo...

Bordat se rebeló ante esta palabra y dijo:

—Fabregues ha sido mi compañero; hemos

vivido juntos, pero yo le niego mi amistad.

—Sea. ¿El doctor no ha dicho nunca su nombre? Acordaos.

—Tal vez; pero no he prestado atención.

—¿Decís que la ama?

—Como un loco.

—Antes tal vez, mas ahora...

—Cuando salí para Nievre, me hablaba de ella con la misma pasión delirante de siempre.

—¿De modo que, en vuestra opinión, él no se ha casado con Matilde más que para enriquecer á la otra?

—Al menos para ser rico y luchar ventajosamente con los que se la disputen.

—¡Ah! ¿Se la quieren arrebatarse?

—Así parece. Las jóvenes hermosas son objetos de arte... y no faltan aficionados. Fabregues la cree honrada, hasta el punto de querer casarse con ella.

—¡Bah!

—Ella es la que rehusa.

—¿Por qué?

—Porque le asusta su carácter.

—Tiene razón—murmuró D'Aubagny.

La conversación tomó otro rumbo desde este punto.

Después se estrecharon la mano y se separaron.

Bordat estaba furioso.

Y el barón D'Aubagny pensaba, de regreso á su hotel:

—Una señorita de almacén... hermosa y hon-

rada... ¿Si será ella? ¡Qué casualidad!... Mañana lo sabré.

## XVI

El barón Pablo D'Aubagny, á pesar del perfecto conocimiento que tenía del mundo, estaba desorientado en su empeño amoroso con Elena.

Los caprichos de ésta, su extraña reserva, el plazo de seis meses le extraviaban en su camino, y no sabía cual tomar para conseguir su objeto.

Lo único que veía cierto era la existencia de un rival más dichoso.

Las revelaciones del doctor Bordat fueron para él un rayo de luz que le indicaba el camino.

Desde las primeras frases de Bordat se creyó en posesión de la clave de aquel misterio.

Aunque en París se encuentran miles de jóvenes en las condiciones de Elena Brunoy, no dudó un instante de que solo ésta era capaz de inspirar á Fabregues semejante pasión.

¿Por qué lo creía así?

Esto es una cosa inexplicable, pero cierta.

Al separarse del doctor Bordat, en vez de ir á los sitios donde la gente se divierte, al Circo, al jardín de París ó á algún teatro, según su costumbre, se encaminó directamente á su casa.

Cuanto más lo pensaba, más se aferraba en aquella idea, que le absorbía enteramente.

¿Preferirá Elena á ese detestable Fabregues?

En su acceso de ira, el barón se proponía torturarla al siguiente día con alusiones picantes, abusando del secreto sorprendido por casualidad, como si ella fuera culpable de infidelidad hacia él.

¡Pobre joven!

A las ocho, según las órdenes terminantes del barón, que hacía una vida muy metódica, el ayuda de cámara entró á abrir las persianas.

Durante la noche, su aversión hacia Fabregues se había agravado con una envidia feroz.

Sentía hacia él todos los odios: el odio del rival, el odio del hombre de bien contra el aventurero; odio de familia, toda vez que el barón era pariente lejano de Matilde Borel, contra el intruso que la habia seducido.

Mas todos estos odios, sus celos, su indignación, no traspasaban los límites del frío cálculo del barón, que no sacrificaba nunca su reposo por nada, sino en cierta medida.

A las diez, sereno y tranquilo bajó por el boulevard Malesherbes, y á las diez y media entraba en el almacén de su amiga la señora Delivet.

Esta le recibió en su elegante habitación con una sonrisa.

—¿Todavía vos?—le dijo.



- ¿Me censuráis?  
 —Sois demasiado benévolo para que se sienta el veros. Por lo demás, sois de la casa.  
 —Gracias.  
 —¿Qué os trae tan temprano?  
 —Mucho y nada... ¿Qué tal los negocios?  
 —Como de fin de estación.  
 Después de hablar de cosas indiferentes, el barón preguntó:  
 —¿Seguís contenta con...?  
 —¿Con Elena?  
 —Sí.  
 —Contentísima; es un dije esa joven, lo reúne todo: inteligente, formal, puntual, trabajadora...  
 —Y virtuosa—añadió el barón, mordiéndose los labios.  
 —Sí, á fe mía. La virtud, como el vicio, tiene sus grados. Elena vale lo que otras que gozan de una reputación intachable. Podría citaros un pintor, un gran...  
 El barón pronunció un nombre.  
 La señora Delivet esquivó la respuesta.  
 —No importa el nombre. Conozco á uno que le daría el oro que pesa, si ella quisiera.  
 —¿Y ha rehusado?  
 —Anoche mismo...  
 —¿Le gusta?  
 —La encuentra soberbia. Y no se engaña, os lo aseguro. Callad... miradla.  
 Se abrió la puerta que comunicaba con el salón de venta.

- A lo lejos se veía á Elena, que, ignorante de la inspección de que era objeto, estaba apoyada en el marco de una ventana leyendo una carta.  
 —Una joven así es una delicia para los ojos—dijo la señora Delivet.—¿No lo creéis así?  
 —Seguramente. ¿Pero qué hace ahora?  
 —Lo que quiere. No está ocupada... espera á los parroquianos.  
 —¿Leyendo una carta?  
 —De su novio, sin duda; un señor que la persigue con encarnizamiento.  
 —¿Dichoso?—preguntó el barón con ansiedad.  
 —Dicen que no.  
 —¿No le conocéis?  
 —No.  
 —¿Ni habéis oído hablar de él?  
 —Más de una vez, en sus conversaciones con las compañeras; pero yo tengo la costumbre de no mezclarme en esas cosas.  
 —¿Cuál es su profesión?  
 —Preguntáis demasiado... Creo que es médico, pero no lo puedo asegurar. Elena es muy reservada... Por lo demás, ella sabe que yo no apruebo esas relaciones, pues me parece que es una falta irreparable dar oídos á ese personaje. Ella aprovecha su juventud... No se tiene más que una.  
 Y en tributo á la suya, ya pasada, la señora Delivet exhaló un suspiro.  
 —¿A quién se lo decís?—preguntó el barón.

—Esa carta parece que le interesa mucho.

—En efecto...

—Os dejo, se acerca la hora de almorzar.

D'Aubagny estrechó la mano de su amiga y se dirigió hacia Elena.

Esta dobló el papel que tenía en la mano cuando se aproximaba el barón, y lo guardó tranquilamente en el bolsillo.

—Siempre feroz —le dijo D'Aubagny.

—Feroz no; razonable.

—Hace un instante estábais muy ocupada leyendo una carta.

—¿Qué carta?— dijo ella, aparentando sorpresa.

—La que acabáis de guardar en el bolsillo. Y acercándose más, murmuró á su oído:

—¿Procede de Mont-Dore?

Elena se irguió como sacudida por una corriente eléctrica.

—¿No está en París?— continuó preguntando el barón.

—¿De quién habláis?

—¿De quién quereis que hable sino del doctor Fabregues?

—¡Ah!... ¿Le conoceis?

—Perfectamente. ¿Qué, os anuncia acaso su matrimonio?

El barón vió que la joven cambió de color y se llevó la mano al pecho.

—¡Su matrimonio!— dijo ella con agitación.

—¡Eso es falso!... ¡Es imposible!

—¿Lo ignorais?

—Y no lo creo.

—¿Es decir que él os lo ha ocultado?

—Dejadme, os lo ruego... Nos están mirando.

—¿Qué os importa? ¿No sois libre?

—¡Libre!... ¡Hermosa libertad!... Idos, es un favor que os pido.

—Sea; pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que vayais esta noche á las nueve á la calle Royal.

—¿Para qué preguntó ella encogiéndose de hombros.

—Siempre es para mí una dicha veros y hablaros....

—¡Locuras....

—¿Aceptais?...

—Sí, para desembarazarme de vos. Idos.

—Obedezco.

El barón se alejó, no sin detenerse más de una vez ante las vendedoras, llamándolas por su nombre, informándose de su salud con la familiaridad del hombre que puede ser un protector generoso para cualquier joven infortunada.

Elena quedó como clavada en el mismo sitio.

—¡Se burla de mí— pensaba— ó quiere probarme! ¡El doctor casado?... ¡Mentira!

A pesar de lo rotundo de sus negaciones, su convicción no era completa. Recordaba una porción de detalles, algunas frases de Fabregas, la singular promesa que le había hecho de